

CONFERENCIA XXI

LOS SANTOS

1. **La mejor apología de la vida cristiana es aquella que nos dirige á la perfección.**—Con verdadero sentimiento de satisfacción arrojamos una mirada al camino recorrido hasta aquí.

Hermosa empresa es la del apologista cristiano. Pero nadie tiene una comparable á la del que emprende la obra de justificar la virtud y la perfección tales como las enseña y practica la Iglesia.

¿Qué hemos hecho hasta ahora?

No era cuestión de defender, ni podía tratarse de ello. Triste sería que la santidad y la escuela de santidad, la Iglesia Católica, tuviesen necesidad de ser defendidas. Sólo el fuerte defiende lo que es débil ó está en peligro.

Ahora bien, la verdad cristiana y la perfección, tales como las enseña la Iglesia católica son por sí mismas su mejor defensa. Para justificarlas, basta exponerlas fielmente según su espíritu, según el espíritu de sus Doctores, de sus Padres y de sus místicos.

Esto es lo que hemos intentado hacer, según nuestras fuerzas, en lo que precede. Nos hemos propuesto, menos defender estos principios que se recomiendan por sí mismos, que animar á la práctica de ellos. Finalmente, el apologista casi se ha convertido en autor ascético, y la apología un manual de perfección cristiana, una de las empresas más admirables que puede emprender una pluma.

2. **Una prueba de la divinidad de la Iglesia es el gran número de santos que ha producido.**—Pero cuanto

más atractiva era esta parte de nuestro trabajo, más nos impulsaba á resolver, para terminar, una dificultad que, de no resolverse, privaría de todo valor á lo que hasta aquí hemos dicho.

Nadie duda que todo esto es hermoso de leer y de oír. Ningún hombre ha caído tan bajo, que no se manifieste satisfecho de verlo realizado en sí mismo. Pero ¿dónde hay que buscar esta organización? ¿Es que no hemos reprochado á menudo, en las conferencias precedentes, á los hijos de la Iglesia, el que respondiesen, por modo tan mezquinó á sus sublimes obligaciones? ¿Es que en sí mismas, no son ya demasiado elevadas y difíciles estas empresas, para que la debilidad humana que persiste siempre, en cierta medida, no obstante la gracia, pueda realizarlas?

Al oír esta objeción, nos parece siempre que nos hallamos sentados á la orilla del mar, como en otro tiempo San Juan, desterrado en Pathmos.

No hay momento tan solemne como aquel en que uno está allí solo con Dios, meditando sus vías. Entonces es cuando está mejor dispuesto para comprender sus obras. Las olas se suceden en tranquila progresión, invaden dulcemente la arena de la playa, acarician nuestros pies, y luego desaparecen sin dejar rastro. Una sigue á otra sin interrupción. ¿Quién las produce? ¿Quién las conduce allí? El mar y el viento.

El mar es la Iglesia Católica, las olas son los santos; el viento es el Espíritu Santo que sopla donde quiere. ⁽¹⁾

Así se explica la fecundidad inagotable de la Iglesia en santos de toda especie, en mártires, en confesores, en apóstoles, en vírgenes, en religiosos, en servidores de pobres y enfermos, en miembros vivientes de Jesucristo, que pertenecen á todas las clases de la sociedad y se santifican con el sufrimiento, el sacrificio, la abnegación y el trabajo.

Comprendemos aquí el sentido de estas palabras, de que, no solamente la Iglesia, sino también la historia de la

(1) Ioan., III, 8.

Iglesia, es santa y sobrenatural. A despecho de la debilidad humana, la verdad, el espíritu y la mano del Señor están siempre con ella.

«¡Oh Dios! santo es tu camino. Tu eres el Dios autor de los prodigios. Tu hicistes manifiesto á los pueblos tu poderío. Con tu brazo redimiste á tu pueblo. Viéronte las almas, y se llenaron de temor. Te abriste camino dentro del mar; caminaste por en medio de muchas aguas delante de vuestro pueblo, y le condujiste como otras tantas ovejas». ⁽¹⁾

3. La contradicción es la herencia de los santos.—

Pero los hombres no comprenden las vías de Dios.

Seguramente que Dios no ha conducido jamás á sus elegidos por un camino tan maravilloso como el día en que las olas del mar se elevaron, á uno y otro lado de los hebreos, como una muralla, y en que, la columna de nubes, luminosa para ellos, era oscura para sus enemigos. No obstante, estos últimos, ciegos de rabia se precipitaron, para su propia ruina, en las vías trazadas por Dios. Mas su ejemplo no ha servido á las generaciones futuras.

Cierto día, la columna de nubes tomó forma humana, y vino al mundo para iluminarlo. Pero el viejo Simeón dijo la verdad, cuando profetizó del Salvador: «Mira, este niño que ves está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres». ⁽²⁾

La luz abandonó el mundo, y dejó en su lugar millares de pequeñas antorchas encendidas por él. Pero ni la fundación del Salvador ni sus discípulos fueron más felices que Él; signo evidente de que su espíritu permanece en su Iglesia, y de que los santos son sus verdaderos discípulos. ⁽³⁾

Cuando San Pablo fué á Roma, y convocó á los jefes de la colonia judía, éstos le dijeron: «Tenemos noticias de que esa tu secta halla contradicción en todas partes». ⁽⁴⁾

(1) Psalm., LXXVI, 14 y sig.—(2) Luc., II, 34.

(3) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Joan., XIII, 16; XV, 20.

(4) Act. Ap., XXVIII, 22.

Lo mismo ocurre hoy día. Las palabras de San Jerónimo continúan siendo verdaderas: «La contradicción es la herencia de la santidad». ⁽¹⁾

Apenas recae la conversación sobre los santos y la santidad, cuando inmediatamente ciertos espíritus serios muéstranse desconcertados. «Nadie me censurará—dice Gerbinus—de que hable con cierto desdén de estos hombres y de su doctrina. Preciso les es desterrarse, y vestir el hábito de monjes, indicando que están separados del mundo como los locos. Preciso les es mortificar su cuerpo, considerar la muerte como el fin de la vida, adormecer la actividad de su inteligencia en sueños insensatos, rehusarse toda especie de placeres, exagerar el bien, creer que la felicidad consiste en su matrimonio con Dios, y otras cosas por el estilo». ⁽²⁾

Pero cuando llega uno hasta exigir al mundo que considere á los santos como modelos dignos de imitación, se entrega á un verdadero acceso de furor.

Nada hay en ello de extraño, dadas las ideas que acabamos de exponer.

«¿Imitar á los santos?—se dice—tolerable sería, si pudiésemos hacer milagros cuando bien nos pareciera. Pero permanecer todo el día en el templo, despojarse de todas las necesidades y de todas las debilidades terrestres, hacerse inaccesibles á todo sentimiento humano, he aquí lo que no podemos ni queremos hacer, y he aquí porque nunca seremos santos».

4. El mundo detesta la santidad y busca á los santos.—

Pero, cosa curiosa, precisamente los que tienen ideas tan confusas de la santidad, son los que buscan á los santos con mayor avidez, y los que literalmente asaltan al que únicamente les deja entrever que hay en él algo de santidad.

Los santos, pues, deben ser, como su Maestro, objeto de todas las contradicciones. Háceles el mundo tan amarga la

(1) Hieron., *In Ezech.*, 47, 19.

(2) Gervinus, *Gesch. der deutsch. Dichtung*, (4) II, 114 y sig.

vida como le es posible; hace todos los esfuerzos imaginables para impedirles lograr su fin; se mofa de ellos como de locos que no atienden más que á sus propias ideas; allí donde puede destruye los semilleros de la santidad y las fundaciones de los santos; y cuando, no obstante todos los obstáculos que les suscita, aparecen algunos, los abrumba á visitas, desde luego en secreto, como Nicodemus, y luego á la luz del día.

Si los santos tuviesen tiempo y ganas de redactar un periódico, ¡qué cuadro podrían trazar de la miseria del mundo y de las penas que consumen el corazón del hombre! Para ello, sólo tendrían necesidad de referir lo que han visto en un día. No hablamos del pueblo ordinario y de las mujeres piadosas, sino de los príncipes, de los hombres de Estado, de las personas de la más elevada categoría, todas las cuales saben bien ir á buscarlos. Si no lo hacen personalmente, lo verifican por medio de cartas y representantes. Ora se trata de asuntos de familia, de dolorosas penas, de sufrimientos morales, de enfermedades, de negocios de dinero y de honor; ora de asuntos de Estado de la más alta importancia, de miserias públicas, y aun —¿quién lo creería?— de empresas científicas, para las cuales van á buscar en ellos consejos y oraciones.

Así es como se ha dicho de San Anno: «Siempre fué franco en palabras; en todas partes representó la verdad. León ante los príncipes, se convertía en cordero cuando comía el pan con los pobres. Severo y terrible con los criminales, aparecía lleno de mansedumbre ante los oprimidos y perseguidos. Los huérfanos y las viudas elogiaban la bondad de su corazón». ⁽¹⁾

No hay que creer que hablamos únicamente de tiempos lejanos, de un Ambrosio, de un Martín, de un Bernardo, de un Francisco de Paula, de una Hildegarda, de una Catalina de Sena, de una Brígida. Nuestra época ha visto también siempre el mismo espectáculo. Todos los ejemplos que pueda ofrecernos, no son tan grandiosos ni tan llama-

(1) *Annolied* (Alb. Stern.), 35, 597 y sig.

tivos como los de un cura de Ars ó de un Don Bosco. Sin embargo, su número es considerable, y se renuevan en todas partes.

Estos obstáculos que los santos y las almas que aspiran á la perfección encuentran en su camino, así como la influencia del mundo en torno de ellos, son ciertamente una de sus mayores penas. No obstante, por caridad para con los hombres y por abnegación personal, procuran servir á todos, y hacerse todos para todos.

El imperio que ejercen sobre sí mismo es tanto más heroico cuanto que más perfectamente ven porqué el mundo los persigue. ¡Cuántas veces va á visitarlos únicamente por curiosidad, para hallar materia de murmuración! ¡Cuántas personas van á su encuentro para morderlos en seguida con el diente venenoso de la calumnia! Todo lo comprenden ellos, y, sin embargo, saben conducirse de tal suerte, que en ellos se realizan siempre estas palabras: «Con lo cual todos quedaron pasmados, y glorificaban á Dios. Y penetrados de santo temor, decían: Hoy sí que hemos visto cosas maravillosas»; ⁽¹⁾ maravillas del imperio sobre sí mismos, de abnegación personal, de sacrificios personales.

5. La santidad no consiste en hacer milagros.— Tales son los milagros que realizan los Santos.

Con frecuencia es para el mundo la esperanza de ver un hecho extraordinario lo que le mueve á visitar á aquellos cuya vida desprecia; y á veces obtiene uno de estos hechos. Sin duda que lo más frecuente es que los abandone sin haber visto nada. Sin embargo, no es raro que salga mucho más satisfecho de lo que se hubiera atrevido á esperar.

Á menudo no es más feliz el mundo que Herodes, los fariseos y los saduceos; ⁽²⁾ á menudo no queda libre de sus sufrimientos físicos como lo hubiera deseado; pero de tal modo se siente interiormente transformado, consolado,

(1) Luc., V, 26.

(2) Matth., XII, 38; XVI, 1. Luc., XXIII, 8.

fortalecido, que ya no tiene necesidad de milagros visibles. Comprende entonces que hay otros milagros que los que creía ver, y de ellos él mismo es testigo.

No se necesitan hechos maravillosos para ser santo. El más grande de los hijos nacidos de mujer, ⁽¹⁾ Juan Bautista, no hizo milagros. ⁽²⁾ En cambio, á muchos que han hecho milagros les dirá el Señor en el día del juicio: «Apartaos de mí, operarios de la maldad; no os conozco». ⁽³⁾

Verdad es que cuando se trata de canonizar á uno exige también la Iglesia milagros en obras de virtud. ⁽⁴⁾ Pero no son milagros que, propiamente hablando, hayan sido realizados por aquél á quien ella quiere elevar á los altares, porque también un pecador puede hacer milagros. ⁽⁵⁾ Lo que se exige en el proceso de beatificación, son milagros que Dios haya hecho en honor de un santo, es decir, para confirmar la santidad de aquél que va á convertirse en objeto de la más alta veneración de los fieles.

Así, pues, hechos y actos maravillosos pueden considerarse á lo más como testimonios y consecuencias de la santidad; pero no son la santidad misma.

Para ser canonizado, son absolutamente precisos algunos milagros. Pero una cosa es ser canonizado, y otra ser santo. Para esto, los milagros—nos referimos á los milagros físicos—no sirven de nada. Sólo los milagros entendidos en sentido moral forman parte de la santidad.

Sí, admitimos que los milagros físicos elevan á uno á los altares; pero los únicos milagros que hacen santos son los milagros de la mortificación, de la oración, del sacrificio, de la vida según Dios, de la fidelidad al deber, de la caridad. De aquí que quienquiera que haya visto á un santo, puede decir con toda verdad que ha visto milagros.

6. Tampoco consiste en ejecutar cosas extraordinarias.—Ahora bien, ¿no es un error formidable el que desespere el mundo de llegar jamás á la santidad?

(1) Matth., XI, 11.—(2) Ioan., X, 41.—(3) Matth., VII, 22, 23.

(4) Benedict. XIV, *Canonis. sanct.*, IV, p. 1, c. 5.

(5) Thomas, 2, 2, q. 178, a. 2.

«¿Quién podría practicar penitencias y obras tan extraordinarias, como las que leemos en la vida de los santos?—dice el mundo.—¿Quién es el que no se desalienta, si se ve obligado á imitarlos en esto para compartir su felicidad?»

Pero nadie ha afirmado nunca esto. Al contrario, en todo lo que hasta ahora hemos dicho, hemos demostrado la falsedad de este prejuicio, y ahora no abrigamos la intención de negar lo que hemos afirmado tantas veces.

Así, pues, repetimos con toda la energía de que somos capaces que el que buscase la santidad en obras extraordinarias de virtud, se engañaría tanto como el que creyese en la imposibilidad de ser santo sin milagros físicos.

Lejos de nosotros la idea de querer apartar con esto de las prácticas extraordinarias de virtud. Por lo contrario, quiera Dios que logremos despertar en los corazones gran entusiasmo por ellas.

Lamentable es que nos dispensemos de imitar á los santos, con la facilidad con que lo hacemos, invocando como pretexto que, en su vida, hay más cosas dignas de admiración que de imitación.

Afirmamos de nuevo con la mayor energía, que podemos perfectamente, y aun que estamos obligados, á apropiarnos muchas acciones de los santos, ante las cuales retrocedemos espantados diciendo que son demasiado difíciles. Pero esto no nos impide decir que lo que forma á los santos no son, propiamente hablando, las acciones extraordinarias.

Hemos demostrado ya ⁽¹⁾ que lo que constituye la virtud humana natural, son las pequeñas cosas ordinarias, que las grandes acciones extraordinarias son raras, que si alguien quisiera realizar alguna de ellas, á menudo tendría que esperar mucho tiempo, y que, aunque él se ofreciese á ellas, sólo tendrían verdadero valor si se ofrecían como el resultado de la regularidad y de la perseverancia en el cumplimiento de los deberes ordinarios.

(1) Vol. II, Conf. XXIII.

Lo mismo ocurre con los santos. Seguramente que ninguno de ellos ha sido canonizado únicamente á causa de las cosas extraordinarias realizadas por él. Aunque las piedras proclamasen sus obras extraordinarias de penitencia, aunque diariamente hubiera sido arrebatado en éxtasis hasta el tercer cielo, y hubiese tomado parte en los cantos de alegría de los ángeles, si se pudiese probar que no había hecho gran caso de los pequeños movimientos de impaciencia, que con frecuencia había preferido sus fantasías y prácticas voluntarias á los deberes de su estado, ó que la oración le había hecho descuidar sus asuntos domésticos, ¿en qué condiciones tan favorables estaría entonces el abogado del diablo!

¿Cuáles son, pues, las cosas extraordinarias que pueden mostrar muchos santos? ¿Qué se lee de extraordinario de San Francisco de Sales, del bienaventurado cardenal José María Tommasi, del bienaventurado La Salle, de la bienaventurada Margarita María de Alacoque, de San Ignacio, de San Cayetano y de San Pío V, fuera de la admirable fidelidad con que cumplían sus deberes?

Hay centenares de santos cínicos, budistas, jansenistas, con los cabellos erizados, los vestidos sucios, el continente severo, que superan á la mayor parte de nuestros santos en terribles obras de penitencias, y sobre todo en ejercicios extraordinarios de piedad. Si la santidad consistiese en esto, los verdaderos santos serían muy inferiores á ellos, y á veces, tendrían pocas esperanzas de entrar en el reino de Dios.

7. Los santos son nuestros modelos humanos por sus luchas contra sus defectos, por sus sufrimientos y sus virtudes ordinarias.—Pero la santidad no depende ni de los milagros, ni de los éxtasis, ni de las visiones, ni de las profecías.

Si en ello consistiese, los santos no serían nuestros modelos, ni de ninguno de ellos podría decirse lo que el soberbio cántico de Anno dice de su héroe:

«Podemos tomar ahora por modelo á este hombre enga-

lanado de los más ricos dones; podemos considerarle como espejo de la verdad y de la virtud aquí bajo». ⁽¹⁾

Pero, ¿á qué buscar tantas excusas? Sí, tales han sido los santos.

La verdad es que si queremos alcanzar el fin de nuestra perfección, debemos imitarlos precisamente en las cosas por las cuales se han convertido en santos.

Pero estas cosas forman parte del dominio ordinario de la vida; son los defectos y las virtudes.

Que nadie se asombre de la palabra *defectos*, porque muchos santos han llegado precisamente á la santidad por esta vía. Sin defectos, jamás hubieran logrado el grado de humildad, de paciencia, de constancia, sin el cual nadie puede ser santo.

Nosotros, que nos complacemos en permanecer sumergidos en nuestros pecados, ó en ese disgusto roedor de la vanidad herida; nosotros, que nos consideramos como la verdadera contrición; nosotros, que perdemos valor y paciencia tras cada falta, casi no nos atreveríamos á creer que hay derrotas que conducen á la victoria. Pero los espíritus vigorosos sacan de ellas nuevas energías, así como la prudencia, la desconfianza de sí mismos, la confianza en Dios, y ante todo, el acto de adherirse como niños á la gracia, sin lo cual caen más fácilmente que las hojas de los árboles.

Así es como puede uno decir que todo resulta en ventaja de los que aman á Dios, aun sus propios defectos.

Si, pues, los esfuerzos constantes para corregir los defectos y para prevenir las caídas futuras en el pecado, conducen á la santidad, nadie dudará ya de que puede y debe tomar por modelo á los santos.

Pero tampoco puede prescindir nadie de ellos, si se trata de apropiarse una virtud sólida.

Decimos una virtud *sólida*. Si alguien quiere echar tierra á los ojos del mundo, en lo cual consiste el objeto de la moral que presuntuosamente se titula libre y filosófica,

(1) *Annolied* (Alb. Stern.), 34, 573 y sig.